

científico para la presentación fidedigna del texto literario y su consiguiente abordaje crítico. Eça de Queiroz, pese a la proximidad en el tiempo y al relativamente buen acceso a los originales, no constituye excepción. Por eso una edición como la que presenta el profesor Pinto de Castro nos llena de satisfacción. Dicha edición la componen una serie de textos periodísticos publicados en «O Distrito de Évora» a lo largo de 1867. Dado el escasísimo número de colaboradores de nivel que pudiesen asegurar la dignidad de un órgano de prensa situado en una línea de clara oposición al gobierno de don Luís de Braganza, fácilmente se intuye que el joven Queiroz se vio obligado a desdoblarse en varias personalidades responsables de las distintas secciones del bisemanario de la capital del Alto Alentejo. Pero los artículos no por ello dejan de «hacer literatura» como hace notar con acierto Pinto de Castro. Y la visión y el análisis de los sucesos nacionales e internacionales por parte de una Eça de 22 años revisten particular interés para «a determinação dos fundamentos do seu pensar e do seu sentir, principalmente no futuro». (Nota introductoria, p. XVIII.)

Hasta la aparición de esta edición los textos que nos ocupan habían sido parcialmente publicados en «Seara Nova» a partir de diciembre de 1943, y en 1965 en la editorial «Presença», a cargo de Machado da Rosa, en los cuatro tomos de «Prosas Esquecidas», en presentación casi íntegra. Y con el título «Da colaboração no Distrito de Évora (1867)», «Livros do Brasil» reeditó un primer volumen que reproduce la lectura de Machado da Rosa. Todas estas ediciones carecen de rigor crítico y organización y se hallan incompletas. Hace falta reconocer, no obstante, que la organización de este tipo de textos resulta extremadamente difícil y presenta un elevado número de riesgos científicos. Por esta razón más encomiable se nos presenta la labor de Pinto de Castro, quien, en un alarde del más fiel cumplimiento de las exigencias de la moderna metodología de la crítica textual, nos ofrece una verdadera edición crítica de unos textos ordenados con el máximo rigor y criterio, postura ésta a la que infelizmente no siempre nos tienen acostumbrados parte de los estudiosos y editores de Eça de Queiroz.

Sirviéndose de los mismos epígrafes que utilizó Queiroz para las distintas secciones del periódico, Pinto de Castro incluye los textos en ocho apartados, que son los siguientes: I. Política estrangeira e movimento internacional; II. Política nacional; III. Comédia moderna; IV. Crónicas; V. Ciências histórico-sociais; VI. Revista da imprensa; VII. Leituras modernas; VIII. Traduções. Otro de los méritos de esta edición es el de incluir algunos versos creíblemente salidos de la pluma de Queiroz, aunque no deja de sorprender, como afirma Pinto de Castro, el hecho de que «ninguém, entre os investigadores que se ocuparam das incursões de Eça pelos domínios da poesia, reivindicou para ele a autoria destes versos». (Nota introductoria, pág. xxxv). También para los estudiosos de las relaciones interculturales de la Iberia del XIX revisten gran importancia los textos que, desde la perspectiva eciana, se refieren a la España de 1867 bajo la dictadura de Narváez. Igualmente se contienen referencias a España en textos traducidos de autores extranjeros, como es el caso de Víctor Hugo.

Finalmente hemos de referir la extensa nota introductoria como uno de los más completos análisis críticos del fenómeno literario eciano en general y el más completo sobre estos textos periodísticos. En ella se incluyen consideraciones científicas y literarias que todo estudioso debería leer y tener muy en cuenta a la hora de abordar el complejo y gratificador texto de Queiroz.

DENIS M. CANELLAS DE CASTRO DUARTE

TIRSO DE MOLINA, *La Huerta de Juan Fernández*, edición, introducción y notas de Berta Pallares, Madrid, Ed. Castalia, 1983.

La obra que aquí presentamos es una de esas que raramente se publican en volumen aparte. Ediciones de este tipo permiten al lector medio acceder a nuestros clásicos allende la media docena de sus obras más traídas y llevadas.

La Huerta de Juan Fernández —como anota la Profra Pallares— vio su primera edición en 1634 y fue impresa en Tortosa, integrando la Tercera Parte de las comedias de Tirso. Con posterioridad (1840), fue editada por J. E. de Hartzzenbusch, quien más tarde la recogería en el t. V de la Biblioteca de Autores Españoles. Y recientemente, Blanca de los Ríos la ha incluido en el t. III de su ya clásica edición de la obra dramática de T. de Molina en tres volúmenes (Madrid, Aguilar, 1946-1958).

Tenemos ante nosotros una comedia tirsiana que en nada desmerece de otras que han cosechado mayor suceso. Se trata de una comedia de enredo, a lo que tan avezados nos tienen tanto el fraile mercedario como, en general, los comediógrafos del siglo XVII. Y en la trama del enredo, juega un papel primordial el recurso del *travesti* —de rancia alcurnia en la literatura universal, especialmente en la caballeresca—, recurso que el propio Tirso adopta en 17 comedias, si bien la que aquí presentamos quizá guarde más estrecha relación, en este punto, con *Don Gil de las calzas verdes* (1614).

En el nudo de la trama, encontramos a dos damas vestidas de varón: noble la una, villana la otra, que van camino de Madrid en busca del hombre con quien cada una piensa casarse, empresa ésta que lograrán con femenil astucia, tras un juego de embelecocos, pues, como dice D.^a Petronila, todo se consigue gracias al «Amor siempre invencionero, / quimera todo y embustes» (vv. 2820-21). La realidad polihédrica, tan propia del Barroco, se muestra aquí en la plural y deslizante transformación de un mismo personaje en otro y otro, sin que a la postre nadie sepa quién es quién, si no es el lector o espectador-confidente. Así, vemos a la pobre Laura confusa cuando D.^a Petronila trata de persuadirle de cómo el necio conde a quien acaba de ver ha trocado su sandez por la más delicada discreción: «LAURA. No me persuadáis a mí, / contra lo que escuché y vi, que es vuestro conde discreto», a lo que la otra responde con osado desparpajo: «DOÑA PETRONILA. Milagros de esa hermosura / ¿a quién no han de hacer turbar?» (vv. 2056-60).

Pero la particular curiosidad que nos merece *La Huerta de Juan Fernández* estriba en el pintoresquismo de su localización escénica, precisamente ahora, cuando grande es el empeño que tantos y tantos tenemos de revivir los rincones más entrañables del antiguo Madrid. El grueso de la acción tiene lugar en la *Huerta* que un tiempo perteneciera al regidor Juan Fernández —«esta huerta, de Madrid recreo» (v. 248)—, situada en una parte del recinto en que actualmente se afina el Ministerio de la Defensa (confluencia de Alcalá con Recoletos), y recordada por Mesonero como «célebre por su amenidad y relacionada con las memorias poéticas del siglo XVII». Esta misma *Huerta* sirve también de escenario a Tirso en su obra miscelánea *Deleytar aprovechando*.

El tipismo madrileño se refleja en diversos pasajes de la comedia en cuestión. Es el caso, por ejemplo, del tópico sobre la luminosidad de su cielo: «que aunque es confusión Madrid, / tiene mucha claridad / su cielo...» (vv. 2369-71). Curiosamente, Pedro de Répide (*Las calles de Madrid*) trae a colación, en su lugar oportuno, una redondilla de esta comedia, en que se hace referencia a uno de los lugares castizos del viejo Madrid: Puerta Cerrada.

Dejando a un lado el interés intrínseco de la comedia tirsiana, pasemos al trabajo de su edición. En primer lugar, hay que destacar la copiosidad de notas a pie de página, lo que nos brinda una cómoda y amena lectura, y nos sitúa en el contexto literario y cultural en que cada párrafo se asienta. Las notas vienen a ser un «diccionario de autoridades» por su vasta aportación de citas «ad hoc».

Por otra parte, la Introducción nos ofrece la puesta al día del acervo bibliográfico referente a la vida y a la obra de nuestro comediógrafo. Gracias a esta reciente publicación, el lector dispone de un hilo conductor que le permite adentrarse en la información aportada por los estudios aparecidos en los últimos años, en especial, el colectivo *Homenaje a Tirso* (1981). En dicha introducción, el problema de la fecha natalicia de Tirso —así como la cuestión de su progenie— cobra cierto relieve; pues es el caso que, por más que, en los tiempos que corren, nos empeñemos en preterir la biografía de los autores en beneficio de su obra, no podemos sustraernos a la tentación de desentrañar ciertos enigmas que envuelven la vida de muchos hombres preclaros.

Por último, digamos que el libro (que suma un total de 254 págs.) concluye con un cuadro descriptivo que Ricardo Sepúlveda nos ha legado en su obra *Antiguallas de Madrid* (1888); este apéndice lleva por título «La Huerta de Juan Fernández, en 1808», y a través de él asistimos al tipismo del paraje, solaz y diversión para el pueblo madrileño hasta que la duquesa de Alba —la famosa María del Pilar Teresa Cayetana de Silva y Álvarez de Toledo— tuvo a bien levantar el palacio de Buenavista, cuya finalización, sin embargo, no tendría efecto hasta los días en que el general Prim lo adoptó por su lugar de residencia.

En conclusión, tenemos en nuestras manos una comedia tan exhaustivamente anotada que, casi sin esfuerzo alguno, permite asomarnos a la floresta de nuestros clásicos. Incluso allí donde un pasaje nos resulta claro y diáfano, acude ante nosotros —a modo de vigia estratégicamente situado— una nota filológica con la que brindar al texto un armonioso acorde literario. Y así, de cita en cita, de estrofa en estrofa, la lectura se desgrana y los nudos de la trama se van deshaciendo unos con otros con la inercia impulsiva del adláter, al modo de lo que cuenta el fanfarrón Mansilla: «la cabeza derribé / al primero, y ésta fue / a dar a otra, y ésta dio / en otra, y fue de manera / la cabezada española, / que sin más golpe ella sola / derribó toda una hilera» (vv. 1671-77).

FERMÍN TAMAYO

VARGAS LLOSA, Mario, *Contra viento y marea (1962-1982)*, Barcelona, Seix Barral, 1983, 462 págs.

Vargas Llosa ha recopilado en este libro sus escritos dispersos en la prensa de todo el mundo y los pone a nuestro alcance, una vez revisados. Se nos revela otra imagen de este autor; conocemos al novelista y descubrimos al intelectual comprometido con su vocación de escritor.

El mismo autor nos resuelve la incógnita que podía suponer el reencuentro con esta serie de escritos y argumenta la resurrección de los mismos de esta forma: «Porque otros lo hacen, aquí y allá, de manera siempre trunca y, a veces, mal intencionada. Si no pueden descansar en paz, en las difuntas publicaciones donde aparecieron, prefiero que reaparezcan tal como fueron escritos y en el mismo orden» (pág. 9).

Intentar clasificar el contenido de este volumen resulta casi imposible; podemos decir que Vargas Llosa escribe sobre todo lo que acontece a su alrededor y manifiesta que su labor social más importante es escribir. Escribe como crítico literario, a veces como individuo apasionado, otras con juicio político, muchas otras opina sobre un acontecimiento concreto. Por todo esto hacer una clasificación de estos escritos nos resulta tan difícil como si intentáramos clasificar la vida en departamentos estancos. Es un libro vitalista; al leer cada uno de los artículos vamos descubriendo al intelectual comprometido con la sociedad, al individuo que escribe porque cree en la existencia. Así es para nosotros el Vargas Llosa que «Contra viento y marea 1962-1982» nos presenta.

Puede suponer un riesgo decir que alguien escribe porque cree en la existencia, pero queremos corroborar este argumento con palabras del propio autor: «...la literatura es fuego, que ella significa inconformismo y rebelión, que la razón de ser del escritor es la protesta, la contradicción y la crítica» (pág. 134). Estas líneas nos parecen significativas dentro del pensamiento del autor, ya que revelan que Vargas Llosa escribe porque vive en contradicción, con rebeldía, con inconformismo. Por esto Mario Vargas hace literatura de la vida; sin inquietudes, sin apasionamiento, sin fuego no podría hacer literatura. Utiliza todo lo que la vida le entrega y escribe: «La literatura es su primera lealtad, su primera responsabilidad, su primordial obligación» (pág. 148).

Todo el libro está lleno de reflexiones y de pensamientos. Habla del socialismo y dice que su